

BIBLIOGRAFIA

Cartas a una señora sobre temas de Derecho Político, por ANGEL OSSORIO. Buenos Aires, editorial Losada, 1938.

Los derechos políticos de la mujer están de actualidad en nuestro país. Casi simultáneamente fueron presentados el año pasado, en el Congreso nacional, dos proyectos provenientes, lo que es digno de notarse, de muy opuestos partidos políticos. Es decir que se le empieza a reconocer a la mujer argentina su capacidad electoral desde los sectores más dispares. Todo esto suscitó un interesante movimiento de opinión y en Buenos Aires, a iniciativa de la Unión Argentina de Mujeres, se constituyó la Junta Pro Derechos Políticos de la Mujer integrada por más de treinta y cinco asociaciones.

Coincidente con esa agitación espiritual ha sido la aparición en nuestro país del libro de Angel Ossorio y Gallardo, *Cartas a una señora sobre temas de Derecho Político*. No se trata de un libro nuevo pues fué publicado en España cuando el advenimiento de la república y la concesión del voto a la mujer. El autor piensa, y piensa muy bien, que quizás tenga alguna utilidad hablar a las mujeres argentinas como habló a las de su tierra. Asoma en él un repetido anhelo: "Tienen las mujeres el deber de superarnos, siendo más despreocupadas, más justicieras y más generosas que nosotros".

El libro consta de once cartas escritas familiarmente, conservándose en ellas el tono sencillo de un catedrático bondadoso a pesar de desarrollar los temas más importantes de la política: socialismo, comunismo, sindicalismo, anarquismo, democracia, libertad, sufragio, formas de gobierno, religión y política, nacionalismo, pacifismo, etc. Todas las ideas están expresadas con suma claridad y su comprensión se encuentra al alcance aun de las mentes poco cultivadas. El autor lo ha querido así:

"Ruego a las estudiosas y profesionales que no se rían de mí si advierten que es mi trabajo demasiado elemental y sencillo. No

he pretendido instruir a las preparadas sino aquella masa innumerable de mujeres que pueden encontrarse obligadas a intervenir en los negocios públicos sin contar para ello con antecedente ninguno y, lo que es peor, intoxicadas por los tópicos, vulgaridades y prejuicios que durante veinte años han oído de labios masculinos”.

Sucesivamente don Angel Ossorio va destruyendo con frase amena los eternos y manoseados argumentos contra los derechos femeninos. Tal vez pudiera reprochársele cierta timidez en algunos conceptos ya superados con creces en la teoría y en la práctica, pero impresionan profundamente su claro sentido de la justicia y la amplitud de miras que tiene para juzgar las ideas más opuestas a las suyas. En todo momento asoma el pensamiento del demócrata enamorado de la libertad: “Porque la democracia es un sistema para hombres libres. A los esclavos no hay que hablarles de democracia; como no hay que tentar con el encanto de la galopada a la pobre bestia que tira de la noria... De un pueblo alborotado cabe esperar muchas cosas. Un pueblo domado por el látigo y la espuela no engendrará más que ignominias”.

Ossorio y Gallardo es un ferviente católico militante, por eso las páginas que dedica a tratar de la religión y la política ofrecen un interés muy grande ya que hay cierta tendencia a desvirtuar los principios puramente religiosos utilizándolos para propagandas banderizas, como muy bien lo ha señalado Augusto José Durelli en unos artículos publicados en SUR.

Ossorio empieza por declarar: “Cuando en un corazón de mujer se complica la política con la religión, queda sometido a tortura indecible. Malhayán quienes se complacen en amargar lo más delicado, lo más íntimo y noble de la conciencia con esas confusiones... que no siempre son sembradas desinteresadamente”.

Después de disipar las dudas con mano firme y precisar netamente lo que abarca cada esfera, termina diciendo: “Una sola cosa le pido con todas las veras de mi alma: que no se preste a esgrimir la religión como arma política. Detrás de muchas propagandas pías, de muchas manos cruzadas, de muchos ojos en blanco, de muchas invocaciones a la Divinidad, de mucha *buena prensa*, de muchos escapularios, acampa un vivero de concejales y diputados, con unos apetitos terrenos, de lo más terreno, por no decir de lo más subterráneo. ¡Y eso no, Carlota! La fe es el tejido más noble de nuestras almas y no debemos utilizarla para envoltura de concepiscencias, de incomprendiones ni de rencores”.

Muy atinadas son las opiniones expresadas por el autor sobre lo que él denomina “nacionalismo de moda” al que considera una

cosa odiosa y bárbara por lo que lleva en sí de desunión, de inculcatura y de crueldad. Para condenarlo de una vez por todas recuerda las palabras de Pío XI sobre el "inmoderado nacionalismo", de H. G. Wells sobre esa "especie de bellaquería colectiva" y de Gómez de Baquero sobre esa "simulación a que se acogen los sistemas autoritarios para disfrazar el aspecto odioso y de privilegio que ofrecerían si se presentaran al natural".

Abunda luego en extensas consideraciones sobre la moral y la política porque es una de sus ideas más caras la de que las mujeres deben emprender una obra regeneradora: "La mujer tiene que aportar a la vida pública un mayor respeto a los valores morales, una elevación del nivel ético. Ha de alentar el mérito y no el logro, la rectitud y no la fortuna, el imperio de la ley y no los predicamentos del favor, el buen fin y los buenos medios".

El libro de Ossorio merece la más amplia difusión en las masas femeninas. Constituye una valiosa introducción al estudio del problema que tarde o temprano tendrán que encarar las mujeres argentinas: el de la responsabilidad ante los derechos, el de las honradas decisiones ante las agitaciones de la hora presente.

Marta E. Samatan

Viaje a caballo por las provincias argentinas, por WILLIAM MAC CANN. Traducción de José Luis Busaniche. Buenos Aires, 1939.

Los libros de viaje, especialmente los de extranjeros que visitaron al país durante los sucesivos períodos de su formación histórica, constituyen una valiosa fuente informativa para la reconstrucción de diversos aspectos de la vida social y política de los pueblos del Plata.

No hay duda alguna que el extranjero — influido, tal vez, por la misma originalidad del paisaje —, analiza con un sentido de más clara visión los hombres y las cosas del ambiente vernáculo. Y más aún en tratándose de un viajero inglés, temperamento exquisitamente sensible y de rica curiosidad intelectual que, muchas veces, sin afanes editoriales y sólo por meros escrúpulos de orden y exactitud en el relato, consigna fielmente sus notas de viaje.

Este sello de espontánea imparcialidad atribuye, precisamente al libro de viaje, el valor de una pieza documental utilísima para el mejor conocimiento de nuestro pasado.

Es de todo punto alabable, pues, la tarea noblemente edifican-

te que cumple José Luis Busaniche, al margen de su fecunda y bien lograda actividad de investigador, como intérprete de textos extranjeros vinculados, por su contenido, a la historiografía argentina. Y tanto más cuanto que, algunos de ellos, como el que nos ocupa, resultan inaccesibles a la generalidad — en defecto de una adecuada versión en castellano —, por dificultades inherentes al idioma original.

En este mismo género de labor Busaniche registra antecedentes que lo han consagrado, por su fino sentido estético y preciso conocimiento de la lengua, como un peritísimo traductor.

Su acertada versión del francés al castellano del hermoso libro "Cinco años en la Confederación Argentina", por Lina Beck-Bernard, publicado en 1935, como asimismo su reciente compilación de "Lecturas de historia argentina" —obra esta última que contiene diversos fragmentos trasladados con impecable corrección del francés e inglés—, fueron justamente celebrados por la crítica como dos trabajos de mérito.

La nueva traducción que nos ofrece del libro de Mac Cann "Viaje a caballo por las provincias argentinas", confirma, una vez más, sus éxitos anteriores.

El autor de estas memorias de viaje fué un mercader inglés de espíritu inquieto y amplia cultura llegado al país en 1842 con el propósito de acometer diversas empresas de luero. Malograda su tentativa decidió permanecer en Buenos Aires dedicado al ejercicio del comercio en pequeña escala. Al cabo de cuatro años logró reunir datos y antecedentes de sumo interés para el conocimiento de nuestro país en Gran Bretaña. Vuelto a su patria, con la base de dichos elementos de información, publica en Liverpool un interesante folleto que sintetiza sus impresiones sobre los problemas del Río de la Plata y la intervención europea en la época de Rosas.

En 1847 se embarca nuevamente con destino a Buenos Aires dispuesto a documentarse personalmente para estar en condiciones de responder a muchos compatriotas de Inglaterra alarmados por la suerte que hubieran podido correr sus familias emigradas a la República Argentina. Llegado a Buenos Aires, Mac Cann inicia de inmediato los preparativos de un largo viaje por el interior que le permitiría recorrer a caballo dos mil millas del territorio nacional. La primera etapa del mismo se realizó por la dilatada zona del sur de la provincia de Buenos Aires; deteniéndose en algunas estancias inglesas, después de llegar a Magdalena por el camino de Quilmes, hizo rumbo a Chascomús. Luego, viajando casi diariamente, llegó a Tandil, Azul y Tapalqué. El viajero observa cuidadosamente las

escenas de la naturaleza, la vida de los indios, las costumbres y modalidades del ambiente, anotándolo todo con minuciosa exactitud. Extensiones inmensas de campos vírgenes van desfilando de esta manera ante la mirada inteligente y avizora del turista que interroga, observa, compara y valora la gama multiforme de posibilidades que exhibe la agreste realidad circundante.

Mac Cann reinicia posteriormente su itinerario por "el camino del norte" y nos describe las ciudades de Santa Fe, Córdoba y Paraná.

En nuestra capital fué recibido cordialmente por el canónigo Amenábar, quien lo presentó al gobernador don Pascual Echagüe. El autor traza en breves cuadros la fisonomía del Santa Fe de 1847: su posición geográfica, comercio, edificación, calles. El baño en el río y "la siesta de silencio sepulcral en que las casas y tiendas se cierran y las calles aparecen desiertas". Agrega, luego, agudamente: "esa costumbre de pasar buena parte del día durmiendo, debe importar un inconveniente para el trabajo cotidiano".

En Córdoba y Paraná tuvo el viajero la misma hospitalaria acogida que en Santa Fe. Desde Gualeguay, después de recorrer una amplia zona de Entre Ríos, se internó en las islas del Paraná desembarcando en las costas de la provincia de Buenos Aires.

El libro está ilustrado con grabados litográficos extraídos de la edición original y reproduce en facsímil la portada interior de esta última.

Está precedido, además, de un erudito prólogo del traductor y sus páginas registran al pie oportunas notas aclaratorias que facilitan la inteligencia del texto.

Los lectores de esta obra encontrarán en ella grato solaz espiritual y nuevos motivos de amor por los hombres y cosas de la tradición histórica argentina.

Domingo Buonocore

"Sarmiento: Aficiones y ternuras del prócer", por GERMÁN M. FERNÁNDEZ. Rosario, 1938.

El autor reacciona contra quienes pintan un Sarmiento eternamente agresivo, falto de sentimiento afectivo, tierno. Para él, debemos integrar la imagen corriente del prócer, ubicándolo en su época y ambiente. Destaca sus palabras ante la agresión periodística, cuando escribía: "Respetémonos mutuamente y no llenemos de es-

cándalo al público que necesita lecciones de prudencia en los que escriben y no el espectáculo de pasiones desenfrenadas". Es la falta de correspondencia a su pedido, la causal que según Fernández, lo impule a la pelea para hacer respetar sus ideas y su obra.

Mas adelante, se preocupa el autor de demostrar que el insigne sanjuanino poseía un auténtico sentimiento de amistad que cultivó con placer y evidenció en el más noble sentido del concepto.

Presta especial atención a su obra en el sentido de traer al país sabios extranjeros, maestros eminentes, para que al mismo tiempo de vincularnos con el mundo, forjen discípulos que continúen la tarea.

La segunda parte de ésta publicación es la reproducción de las palabras con que la Asociación Sinfónica de Rosario encabezó el programa del concierto brindado en homenaje al prócer. Se refiere a "Sarmiento y la música", aspecto casi totalmente desconocido del gran maestro. Fernández aborda este estudio con pleno conocimiento y excelente documentación. Destaca además, cómo Sarmiento se adelantó a opiniones sobre este punto que más tarde formularían críticos como Mauclair o maestros de la talla de Pahissa.

Se trata en síntesis, de una contribución al homenaje brindado a Sarmiento que tiene la virtud de enforcar aspectos poco difundidos de la recia personalidad del gran ciudadano y que han sido vertidos con claridad y elegancia.

Cortés Plá

"La Epopeya de América", por EDGARDO UBALDO GENTA. (Imprenta Militar. Montevideo, 1939).

Edgardo Ubaldo Genta, soldado y poeta del Uruguay, se nos presenta con el atuendo y el modo de los grandes épicos de la edad de oro de las letras castellanas, modo que es realizado por un estilo modernísimo, en el que aparecen, "simultáneamente, profundidades filosóficas y admirables filigranas estéticas", (1) que le sirven para expresar una manera de sentir, que clasificaríamos de romántico-pantefista. En América no ha proliferado esta clase de poetas, pudiendo decirse que el mas representativo de todos ellos ha sido, has-

(1) Frase de Manuel Munoa sobre la poesía de Genta.

ta la fecha, un coterráneo del que hoy reclama nuestra atención; nos referimos a Juan Zorrilla de San Martín.

El relato en verso de grandes acontecimientos históricos, que en tiempos pasados eran materia de inspiración para los poetas, parecería que no se acomoda a las tendencias de las nuevas escuelas. Los de hoy, prefieren ocuparse, en poesías breves y dentro de formas a veces arbitrarias, de ideologías sociales, o de sucesos y cosas del diario trajín que se prestan más para poner de manifiesto la llamada nueva sensibilidad.

En la América hispana sólo conocemos, entre los poemas que pueden parangonarse al que acaba de brindarnos Genta: "La epopeya del Morro", de Santos Chocano, "Tabaré" y "La leyenda patria", de Zorrilla de San Martín. La "Gesta Magna", de Lugones, no es relato histórico, pese a su grandiosidad y acento épico. La "Araucana" de Ercilla puede considerarse, en realidad, un poema español que tiene su escenario en América.

Si Stefan Zweig ha creído captar los momentos estelares de la historia de la humanidad, para interpretarlos con su talento y ágil estilo, podemos decir que Genta ha sabido elegir, también, para la urdimbre de su poema, tres episodios, no menos luminosos y trascendentes de la historia de América. "La epopeya de América", según lo expresa en su advertencia inicial, es el primero de "una serie de poemas heroicos, llamados a exaltar las grandes fuerzas del Nuevo Mundo, bajo la sugestión de su naturaleza, su historia y su destino". Anuncia Genta la aparición de nuevas creaciones, que llevarán los sugestivos títulos de "La Platanía", "La Amazonia" y "Los Mayas".

El poema ha sido dividido en un prólogo, tres épocas y un himno triunfal. En el prólogo, titulado: "Nuevo delirio sobre el Chimborazo", aparecen Bolívar y el Numen de América, ambos contra la roca más alta de la montaña, teniendo a su frente un horizonte de cumbres bajo la luz lunar. El Numen habla al Libertador, y le recuerda aquella frase de desesperanza, que pronunciara en sus postreros días, cuando vio levantarse el caos y la anarquía en pos de su obra: "Hemos arado en el mar".

—"¡Tu no arastes en el mar, Simón Bolívar!" es la frase inicial del magistral poema, cuya inspiración se va levantando paulatinamente, en un vuelo condorino.

"Quiero,
Bolívar, arrancar con las falanges
de los vientos, la música del Himno

de los himnos. De pie, frontal al coro
de circundantes montes, junto al ara
de nuestro ideal: la Patria de las patrias
americanas.

Quiero la elocuencia
más pura, la más honda
revelación y el verbo más potente
y el más lúcido sueño de la vida
para plasmar mi voz.

El gozo quiero,
la plenitud, el frenesí, el asombro;
y esa actitud del vuelo
para los pliegues que pronuncia el hombro
de las batientes rémiges talladas
en las carnes sagradas
del mármol que palpita en las victorias
antiguas.

¡Quiero! — Quiero la osadía,
el ímpetu, el coraje, el arrebato
y el dolor de crear.”

La primera época — o por mejor decir, el primer acto del
épico poema — se titula “El Imperio del Sol”. Es un canto a la
Indoamérica, en cuyo contenido se sustenta la tesis de quienes eran
sus dueños a la llegada de los conquistadores: “América para el
indio”. El Tahuantinsuyo, o imperio cósmico de los incas, la des-
cripción del Cuzco, con sus palacios y templos, la Huacaypata, pla-
za mayor de la ciudad, las fiestas del Intip - Raymi, primer día
del año y comienzo solemne de la cosecha, los juegos y las danzas,
llenan los cuatro primeros cantos. Hemos expresado que a Genta
puede calificársele como un poeta romántico - pantefista. No resis-
timos a la tentación de algunas transcripciones del canto al Tahuan-
tinsuyo, para demostrarlo:

“Un estremecimiento de pezuñas
evoca un corazón contra la tierra;
tal vez por el gran friso de la sierra
desfila una teoría de vicuñas.”

La selva tropical del Amazonas, conquistada por el inca Tupac-
Yupanqui, está descrita en forma tal, que sólo en la prosa de Eus-

tasio Rivera puede encontrarse algun parangón, cuando éste nos introduce en el infierno verde de su "Vorágine".

"Es del Inca esa selva;
una oceánica linfa de verdura
navegada por entes infinitos;
esquifes de milagros
y leyendas y fábulas y mitos.
Almas errantes de las muertas flores
vagan como torrentes de perfumes
sobre golfos de músicas y sueños.
Cual portentosos ánades implumes
pescan la luz los árboles sedeños;
palpita con las noches y los días
sutílsima eón que da el aliento
por microcosmos y estelares Vías.
Aladas ondas cruzan el silencio;
nereidas voluptuosas
fingen orquídeas y victorias - regias;
vuelos de portentosas mariposas,
playares del color y del sonido,
sargazos de maraña impenetrable,
fragoroso latido
sobre el oleaje de las altas copas,
corrientes submarinas de los ríos,
isla de los calveros,
nafragios de crepúsculos veleros,
abismos vegetales de Anti-suyo,
maravilloso espejo
que, si inclina la noche el rostro suyo,
a cada estrella muestra su reflejo
por la imagen perfecta de un cocuyo...

La evocación del Cuzco y de su plaza mayor, rodeada de palacios, templos, cenotafios y del granero común, el Colcampata, es presentada por el poeta bajo la luz lunar, mientras el pueblo se apresta para celebrar el Inti - Raymi. Las descripciones, a veces ricas en detalles, en otras son escenas y sugerentes. Bastan solo cuatro versos, como cuando nos presenta el palacio imperial de Huayna Capac, el inca reinante, que,

"alza en la opuesta vía
su volcánica piedra recta y bruna,

la que apenas inciensa
el alto braserillo de la luna”.

En el canto V entran en escena Huascar y Atahualpa, los dos hijos de Huayna Capac, cuya rivalidad facilitará más tarde a Pizarro la conquista del Imperio. No podemos seguir ya al poeta en las movidas y brillantes escenas del final del acto, en que se produce el primer choque entre los hermanos, en presencia de Tollan, un guerrero azteca, que ha llegado con la hueste victoriosa de Atahualpa. Tollan es portador de la noticia de la hazaña de Hernán Cortés. En el momento en que Huascar está a punto de matar, con un tiro de flecha, a su medio hermano, llegan el Villacuma y los Amautas.

“La voz vibrante, mágica, oportuna
del Villacuma, paraliza el ímpetu
y hace retroceder a los guerreros,
desfleca los torrentes en playares
dentro del corazón de los hermanos.

Tollan repite su relato ante el Villacuma. Describe a los conquistadores “graves, audaces y bellos, dominadores de la mar y el campo; tropel contradictorio; unos, enceguecidos por el ansia de gloria y de riqueza; otros, dulces, serenos, con las sublimidades de los éxtasis y cubiertos de sayales...” ¡Crueldad y misticismo, Espada y Cruz trae el conquistador! Entonces pregunta el Villacuma:

—¿Qué es una cruz?
TOLLAN
—Es un símbolo de amor.
VILLACUMA
—¿Qué es una espada?
TOLLAN
—Es una cruz que mata.

El Villacuma, al igual que Huascar, pretende salir al paso de los conquistadores en son de paz. Tollan insiste en describir los grandes males que amenazan a los hijos del Sol.

“Raza de ilusos, por el Bien movidos
levantaréis los brazos a sus pasos

y los vereis bajar envilecidos
por el hierro que marca a los ilotas”.

Cuando Tollan dice al Villacuma que los conquistadores vienen a robar el oro, éste entona un bello himno al oro del maíz, “que brota del seno de la tierra, en amarillos filones de raíces y de tallos y se condensa en innúmeras pepitas”.

Acontece luego en la plaza un hecho extraordinario. Llega un cóndor, volando muy alto. De improviso el ave se desconcierta. Desciende, gira, huye, vuelve y grita. En el oriente aparece una bandada de águilas. En vano los arqueros les disparan sus flechas para salvar al cóndor. Las águilas atacan, y el ave sagrada cae herida de muerte. En ese instante se anuncia el séquito del Inca. Hayna Capac, conducido en su trono portátil, viene moribundo, seguido por sus dignatarios, sacerdotes, y su segunda esposa, la divina Pacha, princesa de Quito, con quien se desposara sacrilegamente. Huatuc, el agorero, repite su pronóstico fatal: “La muerte del cóndor por las águilas significa el fin del Imperio de Sol. Después del Inca doce, llegarán los nuevos reyes de la tierra pródiga”.

El Inca agonizante eleva la Copa de la Ofrenda al Sol, que se levanta en el horizonte. Pacha córtase las venas para morir con el Inca.

“¡Mueres! — Yo no podré sobrevivirte,
Señor mío, amor mío...
quiero que así como viví, suspensa
de tu mirar, cuando se lance tu alma
por la escala de luz hacia la gloria
definitiva, interminable, sientas
sobre el silencio de tu paso, el paso
de mi fervor; y quiero que el espectro
de mis deseos nunca formulados
vagueen como noctículos flotantes
sobre el mar sin orillas de tu sueño!”

Termina la magistral escena. Pacha agoniza presintiendo la divi-
sión y esclavitud de sus descendientes:

“Atahualpa... la sombra
te separa de mí... sombra profunda
os separa a vosotros... toda, toda
mi raza flota entre la sombra densa...”

El Villacuma, gran sacerdote, ordena implacable: "¡Que se cumpla el ritual! ¡Load al Sol!"

PUEBLO

—¡El Sol!

VILLACUMA

—¡Vibrad, amados!

¡Todos los seres surgen, enlazados
por mil puentes de luz. — Surcos profundos
de claridad, despliegan sus arados
sobre la tierra nueva! — Sed fecundos
como el sol, y vivid iluminados!
¡Triunfe el Reino del Sol sobre los mundos!

HIMNO DEL PUEBLO

—Quena de luces; pastor de cielos; rubia piragua;
fecundidad;
pepita de oro de un curso de agua;
¡la eternidad!

Han pasado tres siglos! La segunda época tiene su momento estelar en la escena de Guayaquil: en el abrazo de los dos Libertadores. Es el período de Liberoamérica, o sea, el de América para los americanos.

Actúan Bolívar, San Martín, Sucre, el poeta Olmedo, Manuelita Saens, una Ñusta, el criollo García, teniente de San Martín, el indio Tebasco, capitán de Bolívar, Villegas, marino español, partidarios de los libertadores, pueblo de indios, criollos y negros; civiles y militares.

En la venerable y arrogante figura del marino Villegas exalta el poeta los valores de España; en Manuelita Saens, la enamorada del Libertador, y en la Ñusta, a las mujeres de la emancipación. El escenario, la imponente cordillera de los Andes es cantada por la Ñusta en magníficas estrofas, que, según la ficción, pertenecen al Jaraviku, — el poeta de los Incas — Los dos últimos cantos están consagrados a la marcha de los héroes y al abrazo de los dos Libertadores. Nos vemos imposibilitados de reproducir tantas bellas imágenes, contenidas en los versos. Sólo señalaremos, como muestras, las siguientes. El poeta Olmedo presenta al teniente Melchor García:

“Un lancero de Lavalle
y del escuadrón aquél
que en Río Bamba, dominando todo el valle,
con las hojas de sus corvos formó un árbol de laurel”.

El capitán Tebasco, indio azteca, recuerda las tremendas matanzas de Cortés y de Pizarro:

“cuando sobre cada nativo solar
se asestó la hueste de un Gran Capitán
quien, sepultando al pueblo dentro de férrea tumba
plantó sobre la ruina la cruz de una catedral,
la que se dijera desde lo distante
sobre el cadáver de un gigante
la empuñadura de un puñal!”

“Mundamérica”. América para la humanidad, es cantada en una escena de “La Nueva Troya”, la ciudad de Montevideo, sitiada durante nueve años por las huestes del tirano Rosas. El poeta encuentra el genio de Mundamérica en la actitud de los legionarios extranjeros, defensores de la plaza, que se niegan a abandonar la lucha, según lo pretenden imponer los cónsules y almirantes de sus países de origen. En ese instante, se convierten en ciudadanos de América. Actúan en este episodio, el venerable presidente Joaquín Suárez, el mayor Bartolomé Mitre, el poeta Mármol, los jefes de las legiones, coroneles Garibaldi, Neira y Thiebaut y capitán Bensead. Reaparecen en escena la Nusta y su esposo, Melchor García, convertido en general. En cierto momento, llega Tebasco, que milita en las filas de los sitiadores. Un episodio de gran emoción es la muerte de Marcelino Sosa, héroe de la defensa. Coro de ciudadanos, oficiales, soldados, mujeres y gauchos.

En la escena final, cuando los sitiadores, sitiados a su vez por las fuerzas de Urquiza, se rinden a la plaza, se produce el momento - cumbre. Los defensores quieren que los vencidos oigan su voluntad, por la voz de un héroe, de un paladín. Este es García.

UN OFICIAL

—¡Oiga el vencido que el pendón arrea,
la voluntad del vencedor!

ÑUSTA (*Deteniendo a García*)

—¡Espera!
¡Piensa la frase digna!

GARCÍA

(*Asomándose, hacia la muchedumbre del campo*)
¡“Ni vencidos.
Ni vencedores!”.

Pero eso no basta. Para la Ñusta, no es esa todavía la clara, la más honda, la más definitiva voluntad de las almas! Es necesario despojarse de las armas, abrir las puertas, impulsar los corazones, derribar los muros de la heroica, prodigiosa y eterna Ciudad. Sobre el parapeto, y con la herramienta en la mano, exclama:

“¡Abridla toda plenamente! — ¡Vedla
como un premio de Dios! — *Urbi et Orbi*
La Ciudad proyectada sobre el Mundo!
La Epopeya de amor, gloria de América.

Todos

—¡El Mundo! — ¡El Nuevo Mundo!

Terminada así, a grandes trazos, la noticia sobre el desarrollo del magnífico poema, digamos, en unas pocas palabras, el juicio que su autor nos merece.

Nos atrevemos a afirmar que estamos en presencia de uno de los más altos valores de la poesía continental. Las grandes hazañas de la historia de América tienen hoy un digno y egregio cantor. Su inspiración, como las alas de los cóndores, abanica los astros y las cumbres. Sus versos se producen en forma impecable, con gran dominio del léxico. Idea y herramienta laboran armónicamente.

Puede decirse, también, que Genta está al margen de los nuevos ismos, de las novelorías vanguardistas, en las que, si bien a veces se aprecian bellas y originales formas, con las que se manifiestan efectivos valores, en no pocas, sólo se trata de recursos, no siempre hábiles, para disimular la chabacanería, la incapacidad o la falta de verdadera inspiración.

Los versos de Genta recuerdan a Hugo, a José Zorrilla, a Zorrilla de San Martín, a Olegario Andrade, a Santos Chocano, sin

que pueda decirse que imitan el estilo de alguno de ellos. Genta es Genta.

Si fuese necesario ubicar a Genta, diríamos que es un clásico-romántico, que usa imágenes y metáforas modernas. De ahí las contradicciones en que incurrir sus críticos al juzgarlo. Mientras Arturo Farinelli, Humberto Salvador, Enrique Arciniegas y otros, lo ubican entre los modernísimos, José Gabriel Cossio expresa que "Genta es un clásico, por la proporción, la armonía y la substancialidad de su arte". Quien mejor lo define, en nuestro leal entender, es Ricardo Rojas. "Hallo en sus poemas una soltura musical modernísima, que se sale del metro antiguo sin romper lo que en el nuevo hay de esencial, como fenómeno melódico distinto de la prosa. Hallo también una emoción antigua de misticismo cósmico al contacto del mundo y de la vida".

Genta es un poeta impregnado de un profundo humanismo, que exalta los grandes ideales que alientan a América, a Mundamérica, a la que se está transfiriendo, en este momento estelar de la historia, el cetro de la civilización y de la cultura.

Saludemos al nuevo astro que brilla en el hemisferio Austral, cerca de esa constelación que, según su poema, y para recuerdo de magnos sucesos:

"sobre el gran pórtico del Sur
la mano serenísima del Creador eterno
tomó cuatro estrellas
é hizo con ellas
la señal de la Cruz".

Alcides Greca

"LAS LITERATURAS AMERICANAS"

La literatura del Perú, por LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. Buenos Aires, imprenta de la Universidad, 1939.

La literatura del Uruguay, por ALBERTO ZUM FELDE, Buenos Aires, imprenta de la Universidad, 1939.

El Instituto de Cultura latino americana de la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires, que dirige el profesor Arturo Giménez Pastor ha iniciado, — cumpliendo la misión de órgano de

relaciones intelectuales entre los pueblos iberoamericanos que le atribuye su ordenanza fundadora, — la publicación de una serie de obras sobre las literaturas americanas, con dos textos en que se estudian sucesivamente las letras del Perú y del Uruguay.

“Con esta serie, dice el director del Instituto en el prólogo al primero de los libros —, y dejando a los autores, como no puede menos de ser, la libertad y responsabilidad de sus ideas y juicios, entendemos siempre realizar en conjunto y por sobre todo, una obra de fecunda cordialidad americana que tiende a que la América se conozca a sí misma en lo mejor de sí misma: en los dones de su espíritu; en lo que se cierne sobre las distancias y las diferencias y los hechos circunstanciales, manifestándose en obras de la inteligencia, en germinación de ideas y en conquista de belleza.”

La iniciativa no puede, desde luego, ser más plausible. Recordemos que un intento similar de la *Revue Hispanique*, de escribir la historia literaria de la América española como suma de historias parciales, después de tres o cuatro años de actividad quedó trunco en cinco o seis países.

Deseamos vivamente que la nueva empresa que acomete el Instituto de cultura iberoamericana sea más afortunada y logre darnos, con el concurso de los mejores especialistas de los respectivos países, una visión breve pero completa del proceso histórico de las literaturas americanas. Por de pronto digamos que los dos ensayos que inician la colección, constituyen un augurio de éxitos promisorios.

Luis Alberto Sánchez empieza la serie con un estudio sobre la literatura del Perú. El autor — residente desde hace algunos años en Chile —, ha enseñado la materia en la Universidad de Lima y registra, además, antecedentes notables como publicista en este género de labor. Ha escrito diversas monografías sobre las letras peruanas y recientemente una historia literaria de América que, pese a sus errores, — más imputables a ligereza que a falta de información —, constituye la obra más completa y orgánica que se haya escrito en nuestra lengua hasta la fecha.

En el nuevo libro que nos ocupa — síntesis de seis conferencias que dictara en la Facultad de letras de Buenos Aires —, traza un cuadro animado de la vida literaria del Perú, empezando con Garcilaso de la Vega. Estudia sucesivamente la literatura en la Colonia y en el Virreynato, señalando sus expresiones más destacadas; analiza el romanticismo con Ricardo Palma; la significación e influencia de González Prada, Chocano, etc., para referirse, por

último, a los contemporáneos y al movimiento de la reforma universitaria.

El segundo volumen, "La literatura del Uruguay", es obra de Alberto Zum Felde, y recoge igualmente las conferencias que el autor pronunciara en la misma Facultad en el pasado año de 1938. Después de dos capítulos en que hace una reseña de la evolución literaria en su país desde el coloniaje hasta la época contemporánea, estudia sobria y objetivamente los valores estéticos más significativos en cada uno de los géneros que forman los capítulos sucesivos del libro: la novela y el cuento; el teatro; la didáctica y el ensayo; la crítica y la poesía.

Domingo Buonocore

"*Facundo*", por DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO. Edición crítica y documentada. Prólogo de Alberto Palcos. La Plata, 1938. Un volumen de 478 páginas.

Esta obra — uno de los homenajes que tributó la Universidad de La Plata a la memoria del prócer en el cincuentenario de su muerte —, constituye el volumen inicial de la "Biblioteca de autores nacionales y extranjeros referentes a la República Argentina".

Con esta biblioteca, creada en abril de 1937 por resolución del ex presidente de la Universidad, ing. Julio R. Castiñeiras, se ha concretado felizmente una noble aspiración del fundador de la casa, doctor Joaquín V. González, en el sentido de propender a la "adquisición, conservación y reimpresión de obras de la producción nacional o extranjera, relativas al país, a su historia, literatura, geografía, naturaleza o instituciones".

Esta edición de "Facundo" tiene un doble valor: el de la reconocida competencia del prologuista y anotador del libro — Alberto Palcos, el "sarmientólogo" por antonomasia —, y el que resulta de la eximia calidad técnica de la impresión y grabados que lo ilustran.

Se trata, realmente, de una edición magnífica. No se equivoca Palcos cuando, en el párrafo final de su erudito prólogo, expresa el augurio de que esta edición será grata a los manes de Sarmiento.

A él se debe exclusivamente el mérito de que los argentinos, a la vuelta de casi un siglo de la aparición de la obra maestra del ilustre sanjuanino, podamos leer de nuevo, tal como Sarmiento quiso que fuera, el auténtico "Facundo".

Ello lo ha conseguido — no necesitamos decirlo — después de un prolongado y tenaz esfuerzo de búsqueda, confrontación y exégesis de textos y ediciones.

Sarmiento — se sabe — no corregía ni pulía sus escritos. El “Facundo”, en cambio, fruto espontáneo y febril de su genial inspiración en una hora singularmente trágica de nuestra historia, fué objeto de sucesivas enmiendas, agregados y supresiones, introducidos por el mismo autor en las tiradas posteriores de su libro.

No nos debe sorprender, pues, la declaración que consigna en la primera edición de 1845: “Después de terminada la publicación de esta obra, he recibido de varios amigos, rectificaciones de varios hechos referidos en ella. Algunas inexactitudes han debido necesariamente escaparse en un trabajo hecho de prisa, lejos del teatro de los acontecimientos, y sobre un asunto de que no se había escrito nada hasta el presente”.

Este hecho dará idea clara de la ardua empresa acometida por el anotador, pues las alteraciones al texto no sólo afectaban su forma literaria sino también su aspecto conceptual.

Palcos ha cotejado personal y prolijamente las cuatro ediciones del “Facundo” tiradas en vida del autor, como asimismo la inserta en el tomo VII de sus Obras completas dirigida por Luis Montt que, no obstante sus yerros y deficiencias, ha servido de base a todas las reediciones que se han sucedido de esta obra.

La que comentamos se ha realizado sobre la base de la impresa en París en 1874 por la casa Hachette, bajo la dirección inmediata de su nieto Augusto Belin, la última aparecida durante la existencia de Sarmiento.

Numerosas notas al pie de página ilustran con respecto a las variantes formuladas al texto, de acuerdo con las distintas versiones consultadas.

Al final se insertan una serie de importantes piezas documentales relacionadas con el “Facundo”. Entre ellas se registran los dos juicios críticos más autorizados escritos en Chile al aparecer el libro — los publicados en “El Mercurio” de Valparaíso y en “El Progreso” de Santiago —; las palabras con que “El Nacional” de Montevideo, anuncia la reproducción de la obra; el estudio que hiciera la *Revue de Deux Mondes*, el 15 de setiembre de 1846; el prefacio de la traducción inglesa por María Mann; una carta de la misma educacionista a la hija de Sarmiento; las notas de Valentín Alsina, de valioso interés para la mejor comprensión de algunos pasajes del libro; el fragmento de las memorias del general Lamadrid en el que comenta la descripción que se hace en “Facun-

do" de la batalla de la Ciudadela, y diferentes cartas y artículos de Sarmiento.

El libro trae, además, numerosas ilustraciones que reproducen en facsímil diversos documentos históricos, entre los cuales se hallan las portadas de las distintas ediciones nacionales y extranjeras de "Facundo". Contiene, por último, diversos grabados y abundante iconografía de los personajes más señalados que se aluden en el curso de la obra.

Domingo Buonocore

Manual de Bibliotecnia, por MANUEL SELVA, Buenos Aires. Julio Suárez, 1939.

Esta obra de Manuel Selva, jefe de bibliografía de la biblioteca nacional y profesor de biblioteconomía en la escuela de bibliotecarios anexa al Museo Social Argentino, se señala, ante todo, por su positiva utilidad y oportunidad.

Faltaba, en efecto, entre nosotros, un manual práctico que sirviera de guía, al igual que el difundido texto de *Leo Crozet* en Francia, a nuestros bibliotecarios para cumplir adecuadamente sus funciones técnicas de organización y clasificación bibliográfica.

Se trata de un trabajo completo y minucioso que responde, dentro de las limitaciones impuestas por su finalidad didáctica, a todas las cuestiones concernientes a la bibliotecnia, o sea al arte de hacer que la biblioteca llene eficazmente su misión con el máximo de rendimiento y exija el mínimo de esfuerzo al lector.

En sucesivos capítulos metódicamente bien ordenados el autor estudia, desde la significación precisa de los términos correspondientes a las distintas disciplinas relativas al libro, hasta la historia de nuestras bibliotecas públicas más importantes y la biografía de los bibliotecarios argentinos antiguos y modernos.

Pasa revista a la historia del libro desde sus antecesores — la piedra, ladrillos cocidos, tablas, papiro, pergamino — hasta las modernas ediciones del presente; estudia el papel, su fabricación y distintas clases, como elemento esencial del libro; explica lo que debe entenderse por formato y enseña a detallar la técnica del libro en sus distintos aspectos: composición, impresión, encuadernación.

El capítulo fundamental de la obra es, sin duda alguna, el que versa sobre la teoría del fichado, materia esencial para el bibliotecario, pues de su conocimiento preciso depende la utilidad que pue-

da prestar la biblioteca ya que, como lo advierte el autor en el prólogo, un libro mal fichado es un libro perdido.

Por último, dedica más de un centenar de páginas a las tablas e índices del sistema decimal cuyas excelencias recomienda. Critica — y en esto no estamos de acuerdo — la clasificación especial adoptada por algunas bibliotecas de Facultades universitarias, sobre la base de las disciplinas del plan de estudios respectivo, pues la misma se inspira en un criterio práctico de comodidad, desde que dichas bibliotecas están destinadas preferentemente al uso de profesores y estudiantes.

Domingo Buonocore

“El arte de escribir para los niños”, por GERMÁN BERDIALES. (Librería Argentina. Buenos Aires, 1939).

Nuestros poetas y escritores del siglo pasado estuvieron muy ocupados en ayudar a los políticos y militares, empeñados en “arreglar” el país, anarquizado y exhausto por sesenta años de guerras y revoluciones. Los que nacimos en ese siglo, tuvimos que conformarnos con leer libros escritos para las personas maduras. Salvo “Juvenilia” de Cané, sólo encontrábamos solaz en los fantásticos cuentos de Perrault o de la famosa Colección Calleja, poblados de guerreros y genios, con carta de ciudadanía europea, y que actuaban en castillos y bosques que nuestros ojos nunca podrían contemplar.

En estos últimos años se ha notado en el país, y en América en general, una saludable tendencia en el sentido de hacer literatura para los niños. No se trata ya de libros de lectura, elaborados por pedagogos, no pocas veces, con exclusivos fines de lucro. Se escriben obras teatrales, canciones, cuentos y novelas destinadas a ser leídas por niños. Algunos de nuestros grandes rotativos y revistas dedican secciones especiales a esta labor literaria, de suma importancia, dada la gravitación que tiene en la formación espiritual de las generaciones del futuro.

Entre los escritores que vienen ocupándose de esta interesante actividad, se destaca Germán Berdiales, quien nos ha brindado recientemente dos ensayos: “La canción de cuna”, y últimamente, “El arte de escribir para los niños”. Berdiales, que es autor de cuentos, poesías, teatro, antologías y libros de lectura, dedicados a la infancia, señala certeramente las reglas que deben tenerse pre-

sente cuando se escribe para los niños. Puede decirse que el sumun de todas esas reglas se sintetiza en la anécdota que el mismo Berdiales nos trae en su ensayo:

“Cuéntase por ahí, que León Tolstoi le preguntó a su nieta, en eierta oportunidad:

—¿Te gustan mis cuentos, pequeña?

Y la chiquilla, con la santa ironía de la inocencia, le replicó:

—Sí, abuelo; pero me gustan más los de mi nodriza”.

Así como en la “Canción de Cuna” nos brindó Berdiales un estudio completo de este género literario, ahora nos presenta un catálogo comentado de la poesía infantil argentina, que servirá a los maestros y estudiosos para orientarse en la selección de obras destinadas a los niños. Finaliza su valiosa obra con un capítulo, que titula “Ideas en esqueleto”. No resistimos la tentación de reproducir algunas:

“El maestro que pierde la capacidad de instruir sigue siendo maestro; sólo deja de serlo cuando pierde la capacidad de educar”.

“La superioridad del maestro sobre el alumno estriba en su ideario, pero sólo se revela en su vocabulario”.

“Los padres de familia, los maestros y los artistas, creamos y eriamos a nuestros propios críticos”.

“Los que en la edad viril tienen algo de niños, tuvieron en la infancia algo de hombres”.

“En el artista precoz no se madura el hombre y se marchita el niño”.

“El maestro ve y corrige los defectos del niño; el padre los vé y los perdona; la madre los ve y los ama”.

“Aún los que amamos mucho a los niños no acertamos a proporcionarles más que una felicidad hecha a nuestra medida”.

“En teoría el niño es el ideal del pedagogo, pero en la práctica no es más que su material”.

Podríamos seguir citando muchas otras agudas observaciones de la misma excelente calidad, pero, creemos que con las expuestas, y la mención de la obra que realiza Germán Berdiales, basta para adjudicarle un puesto de preferencia en las letras argentinas, puesto que ha conquistado con su indiscutido talento, su gran capacidad creadora, su ingénita bondad y un dominio completo del material que utiliza en su labor.

Alicides Greca

"Allá en el Sur" (Cuentos), por PEDRO INCHAUSPE. (Librería Argentina. Buenos Aires, 1939).

Pocas veces nuestros escritores suelen brindarnos obras tan vigorosas como este volumen de cuentos de Pedro Inchauspe, que reflejan el ambiente y paisaje del interior de nuestra Patagonia.

En cuanto el lector avanza algunas páginas en la lectura, advierte que Inchauspe ha vivido sus relatos. Algo de la soledad, del enorme vacío de las planicies del Sur, parece adentrársenos en el alma.

Aparte de la pericia de la trama — donde se vé la mano del literato — hay tanta naturalidad en el desarrollo de estos cuentos, tanta verosimilitud en la descripción de los personajes, que no se duda que el autor ha abordado temas que conoce "personalmente". Cuentos como "La captura", "La luz mala" y "Mientras cae la nieve", son dignos de la pluma de un Lynch o de un Quiroga.

Con escritores como Pedro Inchauspe, el panorama literario argentino se agranda notablemente. Los lectores de "Allá en el Sur" se sienten llevados de la mano por un excelente "baqueano" hacia el corazón de nuestra Patagonia, más desconocida y misteriosa para muchos argentinos que las estepas y tundras siberianas.

Alcides Greca